

El Hospital de Beijing

—¿Qué si mi prometido alguna vez actuó raro?—rió— Es un doctor, no sabe las cosas que tiene, bueno... que tenía que ver por día.

Chang abrió el paquete de cigarrillos, liando el tercero en el día y el segundo en treinta minutos. Su amado solía decirle que era un mal hábito. Pero eso no importaba. Ya no.

—Mire, se lo repetiré por cuarta vez. Mi prometido no andaba en cosas raras. No era del tipo de hombre que tuviera mucho tiempo que perder, ¿sabe? —bufó— apenas sí hacíamos algo cuando él llegaba a casa.

*Y aunque Chang quisiera **creer** sus palabras, sentía un vacío en el corazón. Huang no tenía enemigos. Todo el mundo le quería y admiraba por salvar tantas vidas. Y ya no estaba. Estaba confundida, pero su esposo era un gran hombre. Se atrevería a decir que el mejor doctor de Beijing. ¿Por qué tenían que perseguirla y atormentarla con ese tipo de preguntas? Pensó que era sólo su trabajo, pero ella no estaba para más interrogatorios.*

Trató de aguantarse las ganas de llorar otra vez, y, a la mitad de su cigarrillo, Zhao Chang hundió la colilla en el cenicero.

...

El reloj del hospital de Beijing (como era conocido), marcaba las 19:53 cuando el doctor Huang derivó, otra vez, a un paciente a la sala de emergencias.

—Día agitado, ¿Eh, Liu? —dijo un compañero. No esperaba respuesta y tampoco la recibió. Hacía días no deseaba hablar con nadie que no fuera su prometida, Chang. A ella poco extraño le resultaba, pues su amado no era muy social que se dijera.

Sin embargo, él se limitó a encogerse de hombros y regresar a su mini-oficina, que compartía con otros compañeros no menos agradables que el de hacía unos momentos. Debajo de su barbijo, su rostro comenzaba a sudar, al igual que sus manos por unos guantes de látex. Se sentó en una silla próxima al pequeño televisor que habían colocado para no aburrirse en ese tipo de casos (aunque ahora no lo usaban mucho), y, con pesadez, miró el título de las noticias, que rezaba: "AUMENTAN LOS CASOS DE COVID-19 EN EL PAÍS". Suspiró.

Aunque creía (o sabía) que algo andaba mal, al menos, después de atender al quinto paciente con irregularidades en su planilla, debía seguir trabajando, pero eso pronto acabaría. A la señora Wang, por ejemplo, la declararon fallecida por coronavirus sin siquiera esperar a los resultados del análisis. O al señor Chen, al cual ni siquiera se habían molestado en hacer algún análisis, pues tenía una fuerte neumonía. Todos, muerte por *covid*.

...

—Muy bien, señorita Zhao —dijo uno de los policías—. Entonces, ¿podría decirnos qué pasó luego del llamado de Liu Huang?

Esta vez no agarró un cigarrillo, pero bebió un gran sorbo de agua (hubiera preferido whisky).

—Luego de su llamado... yo estaba algo perturbada —bajó la mirada—. Sonaba muy extraño, y yo temía que se tratara de ese virus, y que por eso estuviera actuando así. Como él me dijo, yo lo esperé, y esperé. Pero nunca...

—Tómese su tiempo.

—Gracias —dijo luego de un instante—. Sabía que me había dicho que empacara mis cosas, pero estaba algo sorprendida. Jamás lo había escuchado así.

—¿"Así"?

—Desesperado.

...

El ambiente en el hospital era tan desagradable como hacía semanas atrás, cuando el virus apenas empezaba a tomar víctimas. Cada vez que pisaba ese lugar, Huang pensaba en volver a casa, porque sabía lo que pasaría ese día: más y más pacientes, a la sala de emergencias, mayormente. Pero siempre intentaba distraer su mente. Se paró de su lugar en la silla de madera y se dirigió a comprobar el estado del señor Wu (en una pequeña sala), de ochenta y cinco años. Recordó cómo la noche anterior hablaba con él, y le agradó tener un descanso del hospital mientras charlaban, pues rara vez se entablaba una conversación con un paciente.

—Siempre me dan ataques de asma en esta época, ¿sabe? —le había comentado el hombre. Huang creyó que sólo necesitaba descansar, y que en muy poco tiempo volvería a su casa.

Ahora una fina sábana blanca cubría un rostro que otrora no demostraba más que juventud y belleza. Aunque no había mucho de lo que sorprenderse (pues ya era un hombre mayor), Liu Huang se sintió dolorido. Apenas lo conoció, pero estaba seguro de que no merecía morir así. *Aunque ahora, tal vez haya sido lo mejor, pensó.*

Naturalmente, lo mejor hubiese sido dejar de recordar eso. Sacudió su cabeza en un intento de alejar esos pensamientos, y tomó la planilla de deceso del paciente. Sólo una palabra puso sus nervios de punta: Covid-19.

...

—¿Puede recordar la hora de la llamada? —preguntó un policía.

—Eran las 20:12. Lo sé porque revisé el historial de llamadas.

Chang comenzó a jugar con su cabello otra vez. Las voces que escuchó antenoche volvían a su cabeza una y otra vez, como si no quisieran dejarla en paz. Le recordó una vez en que ella fue asaltada en una noche oscura, y todavía recordaba las palabras.

—¿Qué le dijo exactamente?

—Él... dijo que no hiciera preguntas, porque tenía poco tiempo. Que empacara mis cosas porque nos iríamos de la ciudad —el otro policía asintió.

—¿Por qué quería irse?

—Huang dijo que algo andaba mal, y que debíamos irnos cuanto antes.

Y era la verdad, pero Chang no era tan tonta como para contarles todo. Sabía a qué se refería, y lo sabía porque su prometido se lo contó unas cuantas veces.

...

—¡Se lo digo, señor Yao! —el grito de Huang resonó en la gran oficina del jefe del hospital, un señor algo mayor con bastantes kilos de más— ¡No pueden mentir con este tipo de cosas! ¡La situación es muy delicada!

Y, al contrario de lo que Huang hubiera creído, él no le gritó. Frunció levemente el ceño.

—Ya se lo he dicho, Liu. Deje de meter sus narices donde no le importa. Nada malo está pasando, es sólo el protocolo.

—Yo no me creo esto, usted está demente si cree que seguiré trabajando así.

Yao rió, dejando ver una hilada de dientes un poco manchados. A Huang esa sonrisa le produjo desagrado.

—¿De verdad harás un escándalo por esto? Bien, vete.

—Me gustaría verlo reír cuando le diga a todo el mundo, le prometo que lo denunciaré a usted y a este maldito hospital.

Sin embargo, en la mirada de aquel hombre pudo verse una sombría expresión, una que ni su propia esposa había visto alguna vez. Huang pensó que tal vez sólo estaba molesto, pero en algún rincón de su mente supo que no. Una persona tan poderosa como lo era el gran señor Yao, no era exactamente alguien con quien meterse. Pero qué más daba. Terminaría con todo de una buena vez, y Chang estaría orgullosa de él.

—Yo que tú, no haría semejante estupidez, Liu. Lo digo por tu bien.

—Váyase al diablo.

Huang anunció su renuncia con un sonoro portazo que hizo temblar los diplomas enmarcados del viejo señor Yao. Pero una parte de él temía. Temía a aquel hombre, porque solo Dios sabe qué cosas podría llegar a hacer un maldito corrupto como él.

Sin siquiera despedirse de nadie, tomó sus pertenencias, desinfectó sus manos y sacó su celular mientras se dirigía a paso apresurado en dirección a su hogar, donde probablemente Chang lo estaría esperando con un chocolate caliente, como era su costumbre (aunque el agradable viento de primavera ya estaba presente). Marcó algo torpe el número en su pantalla y esperó cinco segundos, y, al tercer sonido, atendió.

La llamada no duró más de un minuto, pero creyó que le había dicho lo necesario. Se iría y empezaría una nueva vida, no importaba dónde. Sólo sabía que debía largarse cuanto antes.

Huang colgó en cuanto escuchó pasos acercarse a él a su espalda, y por primera vez, temió por su vida. Algo andaba mal.

Corrió con más velocidad, jadeando y sudando bajo la luna, pero no parecía bastar. Optó por esconderse en un callejón, tal vez, debajo de la luz nocturna nadie lo vería. Y casi suspiró de alivio cuando pensó que nadie lo habría visto.

"Te amo" fueron las últimas palabras que le envió a su prometida, Zhao Chang.

M.V Biasutto